

Cultura y fe en el magisterio de Juan Pablo II

Jorge Rodríguez

El hombre, punto de partida y lugar de encuentro

INCLUSO al profano, que sigue de lejos la actividad pastoral y las enseñanzas de Juan Pablo II, le es bien conocida la centralidad en las mismas de los grandes temas de la dignidad y libertad del hombre, los derechos humanos, la cultura, la verdad, el amor, el trabajo humano. Se puede decir que no hay viaje apostólico ni intervención suya en que, de una u otra manera, no sean aludidos y propuestos de nuevo en su genuino valor, liberados de cualquier ideologización o reduccionismo.

El tema de la cultura, que sintetiza en cierto modo el hacer y el valor de lo humano, ocupa un espacio significativo en el magisterio de Juan Pablo II, ya que lo considera un punto integrativo de la propia misión evangelizadora y pastoral. La atención a la cultura encuentra su razón en el hecho de que el Papa focaliza su enseñanza en *"el hombre en Cristo"*; es decir, el hombre mirado no en abstracto, sino injertado radicalmente en la situación histórica. Un hombre creado por Dios a su *imagen y semejanza*, y llamado a realizarse — lo reconozca o no — en Cristo. Las coordenadas humana y cristiana se amalgaman en el hombre concreto. Esto es lo que permite al Papa Wojtyła, hablar del hombre desde el hombre, sin quedarse encerrado en los confines de lo humano. Juan Pablo II habla del hombre

desde el hombre, y no encuentra en él la inmanencia, sino la trascendencia misma que resplandece en el rostro humano. Y este traspasar el litoral de lo humano lo puede hacer porque *crea en el hombre*, porque "en cada hombre ve brillar el rostro mismo de Cristo (...) que con su Encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre".¹

En su encíclica "Redemptor hominis", Juan Pablo II afirma, citando el Concilio, que "Cristo revela el hombre al hombre mismo",² pues no cabe duda que toda la riqueza contenida dentro de cada corazón humano nos es asequible únicamente cuando contemplamos la humanidad que Cristo quiso asumir. Sólo nos es dado percibir el valor real de un hombre cuando nos acercamos al Crucificado y le vemos agonizar *por el hombre*. Sí, la mayor revelación del hombre nos la ha dado Cristo. Esta es la profundidad que alcanza la palabra del Papa cuando se dirige al hombre, cuando habla de su dignidad, cuando valora su actividad, cuando se refiere a la cultura que la humanidad va plasmando y pide que ésta se ponga al servicio, promoción y defensa del hombre en Cristo.

Una segunda razón para hablar del hombre y de su cultura brota de la persuasión de Juan Pablo II de que, en un mundo pluralista, quizá adverso al mensaje cristiano, e incluso ateo, el axioma del hombre y su cultura puede ser la piedra filosofal que transforme toda diferencia ideológica en una posibilidad de diálogo. Martin Buber afirma que para poder abrir un diálogo es necesario tener un interés común que invite a su objetivación en una comunicación. Maurice Blondel pone como condición una experiencia común a la cual se refieran tanto el emisor como el receptor, a fin de poder encontrar un significado comprensible a los dos. En nuestro mundo contemporáneo, en el que el lenguaje de Dios ha dejado de ser comprensible a todos, en el que la experiencia de Dios ya no es un dato adquirido en muchas conciencias, queda todavía un elemento común sobre el cual se puede dialogar, a través del cual aún es posible evangelizar: el hombre y su cultura.

El tema de la relación entre la fe y la cultura en el magisterio de Juan Pablo II aparece amplio y complejo, tanto por el prisma de aspectos que conlleva, como por el abundante material a disposición. Por ello, renunciando a un estudio exhaustivo y detallado, trataremos de ofrecer una aproximación que deje entrever las líneas

estructurales del tema. La selección de citas y referencias que ilustrarán estas ideas, ha sido dictada por el argumento, sin pretender en modo alguno que sean las únicas.

La realidad cultural y sus expresiones

De la cultura se han dado múltiples definiciones. Sin tomar en cuenta las que definen la cultura desde la perspectiva subjetiva (cultura en el sentido de "educación"), Kluckhohn y Kröber llegan a enlistar ciento sesenta y cuatro definiciones diversas.³ Otras interesantes consideraciones sobre la cultura se hallan en Herder, Cassirer, Kröber, Dawson y Niebuhr.⁴

En confrontación con las diversas definiciones de esa realización humana llamada "cultura", el concepto de la misma propuesto por Juan Pablo II destaca como más profundo e íntimo y, a la vez, más comprensivo. Para él, la cultura no se limita al cultivo del espíritu (sentido subjetivo), ni queda agotada en los frutos del actuar humano (arte, ciencia, pensamiento). La información o erudición no son sinónimos de cultura. Tampoco acepta la visión que contrapone cultura a naturaleza, o que diluye al hombre en su contexto cultural, como sugeriría cierta corriente estructuralista. Para Juan Pablo II "la cultura es el hombre mismo que se expresa; que piensa y actúa, que crea determinados contextos de valoración y de comportamiento, y que es ayudado u obstaculizado por tales contextos en su tarea de ser plenamente quien debe ser".⁵

³ *Il concetto di cultura*, Bologna 1972.

⁴ J.G. Herder ve la cultura como una segunda génesis del hombre cuyo objetivo es cultivar la *humanitas*: "para ello nos ha sido dada la razón y la libertad, una salud delicada y durable, el lenguaje, el arte y la religión" (*Idee per la filosofia della storia dell'umanità*, Bologna 1971, p. 137). E. Cassirer habla de la cultura como el "proceso de la progresiva autoliberación del hombre. El lenguaje, el arte, la religión, la ciencia, son fases diversas de este proceso, en cada una de las cuales el hombre descubre y experimenta un nuevo poder: el poder de construir un mundo propio" (*Saggio sull'uomo*, Roma 1968, p. 39). A. L. Kröber: *Es el producto especial y exclusivo de los hombres, representa su cualidad distintiva del cosmos* (*Anthropology*, New York 1948, p. 9). Christopher Dawson ve la C. como aquello más profundo y esencial en la sustancia y en el alma de un pueblo, la linfa que lo sostiene. De particular interés es su tesis que afirma que la religión es el fundamento último de toda cultura (*Religion and culture*, London 1948, p. 58). En su libro *Christ and culture* (New York 1956), R. Niebuhr propone la C. como el ambiente artificial y secundario que el hombre sobrepone al natural, y que comprende el lenguaje, usos, ideas, ciencias, costumbres, organización social, factores hereditarios, procesos técnicos y los valores.

⁵ S. Maggiolini, *Fede e cultura nel magistero di Giovanni Paolo II*, en S. Maggiolini (ed.), *Giovanni Paolo II. Linee di un magistero*, Roma 1988, p. 178.

¹ *Discurso a los profesores universitarios en el Ateneo del Sagrado Corazón*, Milán. 22 de mayo de 1983.

Con esta visión desborda el litoral y enlaza la dimensión objetiva y subjetiva de la cultura. Objetivamente la cultura puede considerarse como un conjunto de valores y antivalores (conciencia colectiva), de formas de expresión (costumbres, lenguas) y de formas de configuración (instituciones y estructuras de convivencia social),⁶ pero que son fruto del proceso de objetivación de una interioridad, que se orienta hacia la realización plena de la persona humana.

Por ello, Juan Pablo II dirá que “*la cultura es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea y, mediante ella, el hombre se crea a sí mismo. Él se crea a sí mismo con el esfuerzo interior del Espíritu, del pensamiento, de la voluntad, del corazón*”.⁷ “*Cultura —dirá el Papa en la UNESCO— es aquello por lo cual el hombre en cuanto hombre se hace más hombre, ‘es’ más, accede más al ‘ser’*”.⁸ Otra aproximación la define como el conjunto de valores y medios con los que el hombre expresa la riqueza de su personalidad en todas las dimensiones.⁹

En el fondo de este modo de entender la cultura se dibuja la fisonomía del hombre contemplado como sujeto espiritual, libre y racional, ligado a la materia pero trascendiéndola. Hombre que es sujeto y, a la vez, fin de todo contexto cultural. Por esto, no es cultura auténtica la reducción “materialista” que ve al hombre como productor de pura ciencia positiva, como técnico que manipula sin restricción alguna el cosmos y el cuerpo humano, o como ecónomo al servicio de las utilidades, sin consideración alguna al sujeto del trabajo. Pero tampoco es correcta la reducción “espiritualista” que genera la indiferencia del hombre ante la dramaticidad de la historia que le toca vivir o presenciar.¹⁰

Además, este amplio e integrativo concepto de cultura permite ensamblar, por otro lado, la vertiente individual y la comunitaria que confluyen necesariamente en todo proceso cultural. El hombre no es “individualidad” solipsista, sino que es constitucional y ontológicamente un ser social que existe y vive injertado en una

⁶ Cfr. *Documento de Puebla*, 387, Celam, México 1979, p. 120.

⁷ *Discurso a los jóvenes en Gniezno*, Polonia, 3 de junio de 1979. (*Ins*, 2/1979, p. 1408). Las citas son tomadas de la edición *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Ed. Vaticana, que indicaré con la sigla *Ins*, el año y página respectiva. Las traducciones son nuestras.

⁸ *Discurso en la Unesco*, París, 2 de junio de 1980. (*Ins*, 2/1980, pp. 1639-1640).

⁹ *Discurso al mundo de la cultura*, Florencia, 18 de octubre de 1986. (*Ins*, 2/1986, p. 1083).

¹⁰ Cfr. S. Maggiolini, *Fede e cultura nel magistero di Giovanni Paolo II*, en S. Maggiolini (ed.), *Giovanni Paolo II. Linee di un magistero*, Roma 1988, p. 177.

red de relaciones interpersonales. Esta verdad se refleja nítidamente en la cultura. Ella “*crea entre las personas dentro de cada comunidad un conjunto de lazos que determinan el carácter inter-humano y social de la existencia humana*”.¹¹ Y esto porque “*la cultura es la expresión del comunicar, del pensar juntos y del colaborar juntos. Nace al servicio del bien común y se convierte en bien esencial de las comunidades humanas*”.¹²

Esto decía en síntesis el Papa en su discurso a los universitarios católicos mexicanos invitándolos a la promoción de una cultura integral, o sea, aquella que tiende al desarrollo completo de la persona humana, en la que resalten los valores de la inteligencia, de la voluntad, de la conciencia, de la fraternidad, todas ellas basadas en Dios Creador, y que han sido maravillosamente exaltadas en Cristo (cfr. *Gaudium et spes*, 61): una cultura que se dirija en modo desinteresado y genuino al bien de la comunidad y de toda la sociedad.¹³

Ahora bien, la cultura es rica en modos de expresión. Las diversas facultades con que cuenta el hombre dan razón del arcoiris de facetas con que una cultura manifiesta su vitalidad: ciencia, arte, trabajo, técnica, convivencia social. Y en cada una de ellas se forja una específica contribución a la realización plena del hombre.

La actividad científica:¹⁴ El saber, el estudio, la investigación, han de retornar a su primigenia finalidad: servir al hombre, ayudarlo a madurar en el escenario de su historia. El progreso en el conocimiento de la verdad debe dirigirse a realizar al hombre siempre más plenamente en una relación con el cosmos. Es en este campo donde el hombre se juega su misma dignidad de ser pensante abierto al horizonte de la trascendencia. “*La ciencia es un bien dig-*

¹¹ *Mensaje para la Jornada de las Comunicaciones Sociales*, 24 de mayo de 1984. (*Ins* 1/1984, p. 1481).

¹² *Discurso a los jóvenes en Gniezno*, Polonia, 3 de junio de 1979. (*Ins*, 1/1979, p. 1408).

¹³ México, 31 de enero de 1979. (*Ins*, 1/1979, p. 308).

¹⁴ Algunos de los principales discursos de Juan Pablo II sobre la ciencia son: *A científicos y estudiantes* (Colonia, 15 de noviembre de 1980); *A los participantes en dos congresos de medicina* (27 de octubre de 1980); *A la Pontificia Academia de la Ciencia* (3 de octubre de 1981); *A los profesores universitarios* (Bologna, 18 de abril de 1982); *Al Centro Europeo de investigación nuclear* (15 de junio de 1982); *Al mundo universitario español* (3 de noviembre de 1982); *A un grupo de científicos* (9 de mayo de 1983); *A los participantes en el Symposium sobre “Fe y teoría de la evolución”* (26 de abril de 1984); *A un grupo de Premios Nobel*, 22 de diciembre de 1980); *Discurso a los científicos* (Hiroshima, 25 de febrero de 1981. Estudios interesantes del tema: A. Strumia, *L'uomo e la scienza nel magistero di Giovanni Paolo II*, Casale Monferrato 1987, pp. 135; E. Brovedani, *Scienza, tecnica e fede nel magistero di Giovanni Paolo II*, en *La Civiltà Cattolica*, 4 (1983) 30-48.

no de ser muy amado porque es un conocimiento y, por tanto, perfección del hombre en su inteligencia; es por esto, sobre todo, por lo que debe ser reconocida, mucho más que por sus útiles aplicaciones técnicas".¹⁵

La actividad artística: ¿Qué decir del arte? Juan Pablo II lo llama "la ecología del espíritu al servicio del hombre".¹⁶ Su misión es construir al hombre, sostenerlo en el camino de la investigación de la verdad, del bien y de la belleza, dar vida a la vida del pensamiento y ayudar a evadir la fatiga diaria. La cultura y el arte son riqueza, búsqueda, síntesis en la que los valores supremos de la existencia se ordenan a un conocimiento del hombre y a su mejoramiento.¹⁷ Más aún, lo abren al autor de la belleza. En palabras del Papa: *Toda expresión del arte es también un símbolo que dirige las miradas hacia algo que la supera, hacia el conocimiento del genio que se manifiesta en ella; pero también hacia la ulterior e infinita fuente de la belleza, que es Dios.*¹⁸

El mundo del trabajo: Esta dimensión de la cultura, no obstante tener la fatiga como una de sus notas esenciales, sirve polifacéticamente para la realización del hombre. "El trabajo es escuela de humanidad, y el hombre cuando aprende a ser él mismo, aprende también a defender los valores en los que cree".¹⁹ Tiene un papel insustituible en la maduración de las personas y de la sociedad. En la entrega cotidiana al trabajo, el hombre y los pueblos se educan en la seriedad profesional, se hacen responsables del propio proyecto y construyen los valores fundamentales de la convivencia civil. No hay

¹⁵ En la conmemoración de Albert Einstein, 10 de noviembre de 1979 (Ins., 2/1979, p. 115). No obstante los riesgos y las experiencias negativas, la ciencia sigue siendo un producto maravilloso de la creatividad humana, que es un don de Dios. A este propósito es importante leer el discurso de Juan Pablo II a un grupo de Premios Nobel (22 de diciembre de 1980).

¹⁶ Discurso al final del concierto en el Teatro "La Scala", Milán, 21 de mayo de 1983.

¹⁷ La cultura y el arte son unidad, no dispersión; son riqueza, no empobrecimiento; son búsqueda apasionada, a veces, trágica, pero finalmente una síntesis estupenda en la que los valores supremos de la existencia, también en sus contrastes de luces y sombras, entre bien y mal —claramente identificados e identificables— son ordenados al conocimiento profundo del hombre, a su mejoramiento, no a su degradación (en "La Scala"), Milán, 21 de mayo de 1983 (Ins., 1/1983, p. 1324).

¹⁸ Al Ente Artístico, Génova, 19 de junio de 1986. A los artistas en Bruselas dijo: *El arte es el lenguaje del hombre, de este ser que tiene la capacidad de asombrarse antes de perderse en la multiplicidad de las cosas, antes de dejarse absorber por las innumerables actividades que le producen la ilusión de vivir intensamente* (20 de mayo de 1985).

¹⁹ Discurso del Papa a los obreros en Sesto S. Giovanni, 21 de mayo de 1983. (Ins. 1/1983, p. 280).

que negar que el trabajo es un "documento de la limitación humana", pero esto mismo lo convierte en fuente de esperanzas que llevan a trascender la materialidad del producto.²⁰

La actividad social: Un cuarto campo para la realización cultural del hombre es el diálogo con los demás. Diálogo que plasma el sistema social y delimita las estructuras que lo constituyen. Si la sociedad actual atenta contra la espiritualidad del hombre —tema crónico—, es necesario construir un nuevo modo de vivir en sociedad, que responda más a una jerarquía de valores verdaderos. Una sociedad donde la vida del hombre sea respetada, salvaguardada, protegida desde la concepción y en todas las etapas sucesivas, en la que el fruto de la producción sirva para el progreso social de los ciudadanos; donde sea respetada la libertad de pensamiento; donde el hombre sea considerado en sí mismo como persona, y no como ente de producción. Es inaplazable poner manos a la obra y "construir una sociedad nueva, en la que brille y se realice la justicia, la verdad, el amor, la solidaridad, el servicio".²¹

La relación entre la fe y la cultura

Como punto de partida hay que sentar la premisa de que Juan Pablo II descarta, evidentemente, todo concepto de fe que la reduzca a un acto emotivo; tampoco es la testarudez de un acto voluntario ajeno a toda razón o incluso contrario a ella. La fe, aunque no sea fruto de "pruebas históricas o racionales", sí necesita de éstas para prepararse el camino. En términos clásicos la teología afirma que la fe es un tener por verdaderas algunas afirmaciones que se refieren a Dios, al hombre y al mundo, no en base a la evidencia, sino fundadas en la autoridad de Dios, Verdad absoluta que, en cuanto tal no puede engañarse ni engañarnos (*fides quae*). La fe es mirar la

²⁰ *ibidem*. En el Angelus del 20 de septiembre de 1981, el Santo Padre afirmaba: *Es, antes que nada una prerrogativa del hombre-persona, un factor de completamiento humano, que precisamente ayuda al hombre a ser más hombre. Sin el trabajo él no sólo no puede alimentarse, sino que ni siquiera puede autorrealizarse, es decir, alcanzar su verdadera dimensión* (Ins., 2/1981, p. 280). Una semana más tarde continuaba: *El Creador quiere al hombre explorador, conquistador, dominador de la tierra y de los mares, de sus tesoros, energía y secretos; de este modo el hombre alcanza su verdadera grandeza de 'partner de Dios'. Por esto el trabajo es noble y sagrado: es el título de la soberanía humana sobre la creación Angelus*, 27 de septiembre de 1981 (Ins., 2/1981, p. 307). Sobre el tema del trabajo en el magisterio de Juan Pablo II es interesante el artículo del Card. J. Glemp. *Il lavoro umano nell'insegnamento del Santo Padre Giovanni Paolo II*, en S. Maggiolini (ed.), o.c. pp. 155-175.

²¹ Discurso a los jóvenes en el Circuito de Monza, 21 de mayo de 1983.

realidad con la mente y el corazón de Cristo (fe como virtud sobrenatural, *fides qua*). Esta mirada desde el misterio de Dios, ciertamente está por encima de la razón, pero esto no quiere decir que se ligue a lo absurdo. Cabe añadir que la fe, tiene ínsita, además, una dimensión social, ya que el creyente se hace tal en el seno de un pueblo, sociedad histórica, que es la Iglesia.

¿Cómo se compagina esta fe personal y social, contenido y actitud, razonable y sobrenatural, con la cultura? ¿Qué puntos de encuentro tienen? ¿En qué sentido convergen o, en caso contrario, se oponen?

1. ¿Antagonismo o asimilación?

El problema de la posibilidad de integrar lo humano y lo cristiano, la fe y la cultura, no es nuevo. Ya San Pablo había comprendido que eran dos cosas distintas el misterio de la salvación efectuada en Cristo, y las expresiones culturales (lingüísticas, religiosas, sociales) que él había recibido del hebraísmo. La historia ofrece el panorama de dos alineaciones netas sobre esta cuestión. Una actitud positiva ante la posibilidad de enlazar la cultura y la fe es sostenida, entre otros, por Clemente de Alejandría, Orígenes, Gregorio Nacianceno, San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás de Aquino, Tomás Moro, Rosmini, Newman, Maritain, etc. No reconocen posibilidad alguna de confluencia: Taciano, Tertuliano, Lutero, Kant, Feuerbach, K. Barth. Para los teólogos de esta segunda lista, el evangelio no puede asumir la colaboración de la razón; para los laicos, la fe y la religión reflejan una inmadurez destinada a ser sanada por la ciencia y la técnica.

Hoy por hoy también se siguen dando las opiniones extremas, aunque, prevalecen las actitudes más matizadas. De acuerdo al estudio de Mons. S. Maggiolini, citado páginas arriba, se pueden detectar por lo menos tres modos de concebir la relación fe-cultura, que resultan insuficientes y que conllevan un error de fondo.²²

La primera constata la oposición que se verifica entre la fe y sus exigencias, y determinadas culturas. Aquí subyace un error de apreciación porque no se toma en cuenta que el hombre, constructor de la cultura, es ontológicamente limitado y lleva auestas la constatación repetida de su pecado. Así se explica que puedan sur-

²² Cfr. S. Maggiolini, o.c. pp. 180-182.

gir culturas que no respondan ni a los requisitos de la persona humana, ni a los de la fe.

Hipótesis diversa es la que coloca la fe y la cultura como dos piedras yuxtapuestas una junto a la otra, sin mayor argamasa que un tocamiento esporádico y ocasional. Tal yuxtaposición resulta falsa cuando se pretende hacer de la cultura un universo volcado sobre sí mismo, que no deja espacio alguno al influjo de la revelación y de la regeneración en Cristo.

La tercera perspectiva equivocada es la que lee la relación como una recíproca absorción o asimilación de una en la otra; así, o la cultura desaparece al ser absorbida por la fe (integrista, sacralización), o la fe acaba por perder su especificidad y se hace cultura (laicismo, secularismo).

Ni el antagonismo, ni la coexistencia pacífica, mucho menos el integrista sacralizante o la absorción secularizante ofrecen una solución válida que respete la realidad histórica y ontológica del sujeto que vive en la fe y da vida a una cultura.

2. El pensamiento de Juan Pablo II sobre la relación fe-cultura

El pensamiento de Juan Pablo II se alinea con la "lógica de la encarnación". Esta lógica, que se contempla en la unión de naturalezas — divina y humana — en la única persona divina del Verbo encarnado, salva lo que, a ojos vistas, no parecería tener solución: la integración íntima de autonomía recíproca y unidad. El hombre, *servatis servandis et mutatis mutandis*, vive esta lógica de la encarnación, ya que en su unidad sustancial se percibe como un "espíritu en el mundo", un espíritu encarnado. Más todavía, se experimenta como portador de la fe y de la gracia divina en una naturaleza humana, propia e irrenunciable. Es hombre creyente que actúa en su humanidad sin poder prescindir de la fe que lo permea. Él es creyente hombre, que se ve obligado a actuar su fe y darle cauces necesariamente humanos. Todo esto, extendido a nivel comunitario, manifiesta la "lógica de la encarnación" en la relación fe cristiana-culturas.

Por respeto a la concreción histórica del hombre que cree, Juan Pablo II entiende la relación fe-cultura como una "unión orgánica y constitutiva", "unión fundamental". Afirma que la fe debe "ilustrar", "purificar", "renovar", "permear", "informar", "crear", "hacerse" cultura cristiana. Esta visión implica la superación de

toda contraposición y dualismo. La novedad cristiana no sólo ha de rechazar cualquier posible error que hallare en algún sector de una cultura dada, sino que ha de acoger también “*las semillas de verdad*”, que encuentre en ella. Implica, a la vez, la creación de situaciones inéditas de convivencia inspiradas en los principios del Evangelio, pero sin lesionar la debida autonomía de la vertiente creatural. Por último, ha de renunciar a la idea de poder abarcar en una única forma cultural la riqueza inefable del misterio revelado por Dios en Cristo. Por tanto, respeto recíproco de la propia autonomía, orientación común hacia la plena realización del hombre en Cristo, y pluralidad de formas concretas. La fe tiene que dar señales de vitalidad en todo lo que el creyente piensa, proyecta y efectúa. Por un dinamismo muy suyo la fe debe originar una cultura cristiana.²³

Quien presta atención a la historia constata que a lo largo de toda la existencia del cristianismo, éste ha entrado en contacto con diversos cuadros culturales y los ha renovado desde dentro con el

²³ Algunas de las intervenciones más importantes del Papa sobre el tema son: Carta encíclica *Redemptor hominis*; Constitución apostólica *Sapientia christiana* (25.4.1979); Homilía en la catedral de Gúesno sobre la unidad espiritual de Europa (3.VI.1979); Exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16.10.1979); Discurso en la Pontificia Academia de la Ciencia en el centenario del nacimiento de Einstein (10.11.1979); Discurso en la Universidad Pontificia de Santo Tomás (17.11.1979); Discurso en la Pontificia Universidad Gregoriana, (15.12.1979); Discurso en la Pontificia Universidad Lateranense, (16.2.1980); Discurso a los obispos del Zaire sobre el Evangelio y las culturas africanas, (3.5.1980); Alocución en la UNESCO, (2.6.1980); Discurso al VIII Congreso Tomístico Internacional (13.9.1980); Discurso en la Pontificia Universidad Urbaniana (19.10.1980); Discurso a los científicos en Colonia (15.11.1980); Discurso al cuerpo diplomático (21.1.1981); Discurso a los científicos en Hiroshima (25.2.1981); Discurso a los obispos lombardos en visita ad limina (15.1.1982); Discurso a los obispos de Nigeria, Lagos (15.2.1982); Discurso a los profesores universitarios en peregrinación a Roma (18.4.1982); Discurso a los hombres de la cultura en Coímbra (15.5.1982); Discurso al Pontificio Consejo para la cultura (20.5.1982); Discurso al Centro Europeo para la investigación nuclear (15.6.1982); Discurso a los profesores de teología en Salamanca (1.11.1982); Discurso a un grupo de científicos (9.5.1983); Discurso a la Pontificia Academia de la Ciencia (12.11.1983); Discurso a los intelectuales europeos (15.12.1983); Audiencia general del año santo (8.2.1984); Discurso al mundo de la cultura, Seúl (5.5.1984); Mensaje para la Jornada mundial de las Comunicaciones sociales (24.5.1984); Discurso en la Universidad de Friburgo (13.6.1984); Discurso en la Universidad de Laval, Québec (9.9.1984); Discurso al Pontificio Consejo para la cultura (15.1.1985); Discurso al congreso de Loreto (11.4.1985); Discurso en la Universidad de Lovaina (20.5.1985); Discurso a los intelectuales, Yaoundé, (13.8.1985); Discurso a los intelectuales en Medellín (5.7.1986); Discurso a la Pontificia Academia de la Ciencia (28.10.1986); Discurso en la Universidad de Santiago (3.4.1987); Discurso en la Universidad de Lublín (9.6.1987); Discurso a las universidades católicas, New York (12.9.1987).

Evangelio; más aún, incluso ha sido elemento determinante en el surgimiento de nuevos contextos culturales.

La psicología y la sociología aducen otra razón en favor de la integración entre la fe y la cultura. No se puede condenar al hombre concreto a vivir en la división íntima entre una visión cristiana relegada a un sector de su existencia, y otro modo de entender la realidad ajena a la perspectiva de la fe que él profesa.

Sin embargo, el motivo más profundo lo argumenta la teología. La fe que profesa el creyente no es un acto esporádico o un accesorio, sino transformación honda de la persona misma en todo su ser. El ser del hombre es “dato” y, a la vez, “tarea”; por ello, si la fe ha cambiado el “dato”, consecuentemente ha de informar también la “tarea”, es decir, su modo de pensar, de emitir juicios de valor, su estilo de obrar, sus relaciones y vida social. En sana lógica, se creará una cultura específicamente marcada por su autor.

Hablar de cultura cristiana, sin embargo, no significa optar por su imposición intolerante. Junto a la afirmación de una cultura informada por el Evangelio, hay que asentar dos principios: el derecho a la libertad religiosa, y la unidad del plan de salvación que recupera, corrige y perfecciona la creación, desgraciadamente herida por el pecado, también en las estructuras que salen de las manos del hombre.

La amalgama entre fe y cultura, por lo tanto, forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, comunidad de creyentes. El pensamiento de Juan Pablo II al respecto es nítido: *La misión de la evangelización, que es propia de la Iglesia, exige no solamente que el Evangelio sea predicado en franjas geográficas cada vez más vastas y a multitudes humanas siempre más grandes, sino que sean permeados por la virtud del mismo Evangelio los modos de pensar, los criterios de juicio, las normas de acción; en una palabra, es necesario que toda la cultura del hombre sea penetrada por el Evangelio. El ambiente cultural en el que, de hecho, el hombre vive, ejerce un notable influjo sobre su modo de pensar y, consecuentemente, sobre su modo de actuar; por ello la separación de la fe y la cultura constituye un grave impedimento a la evangelización, mientras que, al contrario, una cultura informada por el espíritu cristiano es un instrumento válido para la difusión del Evangelio.*²⁴

²⁴ *Sapientia christiana*, 1, en *Enchiridion Vaticanum* 6, p. 946.